

FEFA VILA: LSD

Extractos de las entrevistas realizadas
por Gracia Trujillo y Marcelo Expósito

Madrid y Barcelona, mayo y junio de 2004

LSD aparece como grupo en febrero de 1993, en un barrio de Madrid, Lavapiés, un contexto bastante politizado, e inicialmente con unas componentes que durante los años ochenta —no todas, pero sí algunas— habían formado parte de otros grupos: de feministas, de lesbianas, incluso también de grupos de la izquierda extraparlamentaria. Este grupo surge en 1993, a la vez que La Radical Gai, y a través de una red de amigas que vivíamos y que compartíamos intereses y vivencias comunes, y que en ese momento nos lanzamos de una manera muy poco programática al activismo. Desde luego que no teníamos inicialmente ni idea de que queríamos hacer fotografías, de que íbamos a hacer fanzines, de cómo nos íbamos a proyectar... No había nada preconcebido. Lo que sí teníamos claro era que la presentación y los discursos que circulaban a nuestro alrededor a través de los grupos y de las posiciones políticas más tradicionales nos provocaban cierto sarpullido vital. Nuestra estrategia no era cargarse la política tradicional, ni por supuesto a esos grupos; no se trataba de eso —aunque inicialmente se nos vio así— sino de incidir con nuestro trabajo en un espacio amplio, y sobre todo en nuestras propias vidas, y ver qué pasaba, como una necesidad política; necesitábamos que pasasen otras cosas para poder seguir viviendo aquí, para poder representarnos, para poder escribir o incluso para crear redes de afecto mucho más amplias. Contestábamos a los grupos, pero nuestra idea era sobre todo dirigirnos a todo aquello que nos parecía normativo, impositivo, opresor, sin pensar que íbamos a tener efectos inmediatos tanto en la unión de gente, en nuestro grupo, como en un “efecto revolucionario” a medio o corto plazo; queríamos contarnos a nosotras mismas e intervenir en el espacio y en la política desde posiciones muy locales. Y de ahí surgió el grupo LSD, que tenía muchos nombres: “lesbianas sin duda”, “lesbianas se difunden”, “lesbianas sexo diferente”, “lesbianas sin destino”, “lesbianas sospechosas de delirio”, “lesbianas sin dios”, “lesbianas son divinas”, etc. Había, por una parte, un discurso identitario y de la afirmación, y por otra un discurso de desplazamiento de las propias identidades y de las propias estrategias políticas. Interrelacionábamos los discursos de la identidad con una serie de discursos como el anticapitalismo, el discurso contra el ejército, contra la militarización, contra la guerra, etc.

(...) Pasaron por el grupo artistas más o menos famosas hoy en día, como Helena Cabello y Ana Car-



LSD, fanzine *Non grata*, 1997.



LSD, fanzine *Non grata*, 1997.

celer, que estuvieron un año en el grupo. También la artista canaria Carmela García tiene unas fotos en uno de los fanzines. En cualquier caso en el grupo entró y salió gente de diferentes campos y países, establecimos alianzas en Francia, con grupos como Act Up, y con Mafucage, un grupo de música que actuó en varias fiestas que organizamos. También tuvimos contactos con el mundo anglosajón, con las Lesbian Avengers, WAC y las Queer Nation, con la escritora Sarah Shulman y con la artista Nicole Eisenman, y en general las influencias de este trasiego fueron tanto teóricas como en la iconografía de las revistas. De hecho, en nuestra revista *Bollozine* de 1993 se ve claramente esta influencia anglosajona y el impacto que nos causó Barbara Kruger, a la que conocimos durante

viajes a Nueva York y que también fue muy utilizada en Act Up. Usamos imágenes de una artista comprometida políticamente, que interpelaba el espacio público de una manera contundente con sus trabajos, y nos apropiamos también de su iconografía, tanto en La Radical como en LSD.

(...) El primer fanzine *Non Grata* lo hicimos manualmente, cortando y pegando, en 1994; el siguiente se hizo en el 1995, el tercero en 1996-1997, y al año siguiente salió el último que hicimos. En el 1997-1998 participamos en un proyecto para el Koldo Michelena (para la exposición *Transgénéic@s*) con el vídeo que realizaron Virginia Vilaplana y Liliana Couso que se titula *Retroalimentación*.

Creo que el fanzine de 1995 fue el que más éxito tuvo de LSD: el más oscuro, el más vampiro... Básicamente, creo que fue por el impacto que en ese momento tuvo la exposición de la serie fotográfica *Es-Cultura Lesbiana*. Las fotos recorrieron la geografía española y fueron fuente de polémicas, dentro del propio barrio y dentro de la propia ciudad. El fanzine fue visto como algo superpotente, pero también como algo muy pornográfico a la vez. Y al mismo tiempo lo utilizábamos para establecer discursos sobre temas como de qué subcultura estamos hablando, de qué cuerpos estamos hablando, de qué vidas, y sobre las intervenciones que pueden hacer esas culturas en los marcos en que operan. Es una cultura evidentemente "corporada" porque eran nuestros cuerpos los que queríamos marcar de forma diferente, para que se hicieran visibles y, en la medida en que se hiciesen visibles, pudiesen nombrar y alterar realidades directamente. Utilizamos esta exposición en esa dirección, como una forma más de nombrar, de dirigirte en primera persona a un contexto determinado. Por entonces entrevistamos también a Sarah Shulman; a la directora y protagonistas de *Go Fish*, etc., teníamos muchos contactos e intercambiábamos mucha información e ideas con mucha gente en muchos lugares del mundo, y los fanzines se distribuían por muchos países de Europa, América Latina y Estados Unidos. Durante los primeros años hubo una difusión increíble, fueron los años de más producción, de más activismo y también de más idas y venidas entre países, entre textos, entre grupos, tanto dentro de Lavapiés como dentro del Estado español, y también fuera. Fue este también el momento en el que empezó a conocerse el grupo Erreakzioa-Reacción dentro de España, con el que colaboraríamos más tarde, y realmente fue cuando desde Barcelona y desde todos lados comenzaron a preguntarse: "¿Quiénes son estas de LSD, de dónde salen?"

(...) Hicimos una segunda exposición de fotografías, que se llamaba *Menstruosidades*. Nuestra idea era no tener siempre que piratear representaciones o imágenes y discursos del extranjero; insistíamos

en producirnos y en producir a través de nuestro contexto, aunque muchas veces no teníamos tiempo, porque era difícil ser al tiempo artistas, maquetadoras, escritoras, distribuidoras, cocineras, grapadoras... Realmente lo hacíamos todo, y no teníamos tiempo material para hacer tantas cosas diferentes al día, así que bueno, pirateábamos cosas de fuera, siguiendo esa idea de tránsitos y de tráfico un poco ilegal que nos traíamos. La idea de empezar las exposiciones no respondía a una intención de ser artistas; el arteo nos quedaba bastante lejos, incluso si utilizábamos artistas era porque las veíamos profundamente políticas en sus representaciones. Las imágenes, nuestras propias imágenes, las que creamos, al igual que los fanzines, respondían a ese deseo de no dejar que los otros nos representasen, de empezar a representarnos nosotras mismas, de intentar contextualizar lo que sabíamos que pasaba en otros lugares con nuestras propias experiencias, deseos y realidades, aquí y ahora. De ahí surgieron las exposiciones *Es-Cultura lesbiana* y *Menstruosidades*; esta última pretendía también utilizar siempre el cuerpo como un cuerpo problemático, pero también a través del mito.

(...) Pues estas son algunas de las fotos que circularon por bares, por colectivos... Se fueron hasta París, pasaron por Estados Unidos y volvieron a Lavapiés; un desastre de deterioro de imagen continuado, pero circularon bastante. Se hicieron en la casa donde vivíamos.

En la primera revista, *Non grata*, explicamos que LSD es un proyecto sin ideario inicial; no surge, sino que aparece; no hay premeditación ni reflexión larga en el tiempo, sino que un buen día, hablando con amigas lesbianas de Lavapiés, decidimos hacer algo para poder ser lo que queríamos ser y decir lo que queríamos decir, porque queríamos que nuestro espacio público se hiciera extensible, o que nosotras mismas nos hiciéramos extensibles a partir del propio espacio que ocupábamos; queríamos dejar huella en el espacio en el cual estábamos creciendo y en el cual interactuábamos. LSD surgió con una energía bastante espontánea. Había gente que venía de Canadá, de Francia... Yo acaba de regresar de Holanda; todas teníamos un bagaje sobre lo que estaba ocurriendo en otros países, sobre cómo se estaban articulando los movimientos y qué estaba pasando, además de tener una serie de lecturas y rastreos que te llevan a moverte. Porque no solo basta con esa energía espontánea, sino que ha de haber detrás una reflexión intelectual y teórica; se necesitan ambas cosas para que ese movimiento no sea una repetición de lo que ya estaba sucediendo, para que sea algo nuevo. En LSD se daban ambas cosas, aunque surgiera de un modo



LSD, *Es-Cultura Lesbiana*, 1994.

no premeditado en el sentido de crear idearios estratégicos o buscar acciones concretas de respuesta que problematizara el movimiento feminista vigente en ese momento, en el que no nos sentimos reflejadas ni representadas, aunque visto con el tiempo me pueda sentir heredera de lo que ha sucedido en este país, y de lo que ciertas mujeres lograron al posibilitar contextos más idóneos para nuestra generación. Es decir: sin ellas LSD no hubiera sido posible, ni yo podría haber estudiado fuera, ni me hubiese cruzado con otras cosas. LSD surgió de ese modo, en un contexto afectivo muy intenso y muy dinámico que operaba en el barrio de Lavapiés con todas sus reflexiones críticas y teóricas, y surgió también en relación con una serie de gente que ya estaba formando La Radical Gai. Casualmente muchas de esas personas habíamos sido compañeros de facultad, de la facultad de Sociología, y habíamos participado en movidas estudiantiles de los ochenta. Dos o tres años después volvíamos a encontrarnos y entonces nos enteramos de que éramos maricones y bolleras, y eso en el contexto del barrio de Lavapiés; no era casual que nos encontráramos, que estuviéramos viviendo todos y todas allí. Lavapiés empezaba a nutrirse de gente del extranjero, allí estaban llegando alemanes, canadienses, gente transexual, bollera y marica que empezaba a cruzarse, y todo eso con las primeras

necesidades de hacer tesis lesbianas, estudios *queer*, otras lecturas feministas que se saliesen de las dicotomías, del posmodernismo-modernismo, del binomio igualdad-diferencia, cosas que a mí, y a otros, me resultaban limitadoras. Así surgió LSD.

(...) No poníamos mucha energía en definirnos; pasó mucha gente por LSD, y se quedó la gente que quería quedarse o que podía quedarse. Lo nuestro era, por una parte, una ruptura con una tradición, no con el legado de esa tradición, sino con lo que esa tradición significaba en nuestras vidas en ese momento. Buscábamos otros espacios y otras posibilidades de nombrar y de representarse, pero no teníamos una necesidad imperiosa de nombrarnos o definirnos. En este sentido fuimos el primer grupo *queer* del Estado español, conjuntamente con La Radical Gai. Por una parte éramos hiperidentitarias, éramos lesbianas sin duda, y bolleras, pero por otra parte jugábamos a la descentralización de la identidad, de ahí nuestra frase "Definete y cambia"; es decir, no somos siempre las mismas, no nos vamos a definir siempre igual, no somos un grupo estable con un ideario estable, con una estrategia definida cuya meta fuese la liberación o toma de la Moncloa, o la toma del poder en el sentido clásico de hacer política, sino que era una descentralización y una contestación a una identidad fija, incluso a la identidad lesbiana tal

como estaba formulada, y con la cual nos sentíamos encorsetadas. Esa no era nuestra vivencia, ni nuestra motivación política, sino el estar de algún modo en continua contestación en un contexto, en un barrio donde se atravesaban muchas cosas. No es ingenuo que nuestras alianzas fueran con La Radical Gai, con quienes compartíamos, aparte del espacio físico, un espacio político y una reflexión teórica común; nuestras luchas por la pandemia del sida no eran únicamente porque quisiéramos ayudar a nuestros amigos gays, sino porque a través de eso no solo estábamos contestando unos discursos oficiales y normativos, terriblemente homófonos, sobre las prácticas sexuales, sino que estábamos reinventando y reformulando nuestras prácticas sexuales y nuestros cuerpos desde otros ángulos menos clásicos, desde otras perspectivas menos encorsetadas.

(...) En diciembre de 1994 hicimos el primer taller de sexo seguro en las Jornadas Feministas Estatales celebradas en Madrid, evidentemente con un silencio oficial brutal por parte de las organizadoras históricas. A pesar de eso el taller se llenó; había unas trescientas mujeres, todas de otra generación, entre los dieciocho y los treinta años, no más. Fue una reflexión colectiva consistente en hablar de prácticas

sexuales como prácticas que informan nuestra vida personal, pero que también informan las posibilidades de vida y muerte, y de negociación continuada de nuestra representación como sujetos sexuales, pero como sujetos sexuales políticos, y no como sujetos sexuales privados.

El 1 de diciembre, durante esos años, no había absolutamente nadie en este país que se manifestara ni que hiciera nada, aparte de La Radical Gai y LSD en la puerta del Sol, haciendo activismo en el Ministerio de Sanidad. Tuvimos movidas porque nos censuraron ciertos artículos, fue un momento de negociación de nuestra supervivencia como sujetos desearantes y también como sujetos físicos. En aquella época, de repente, en La Radical Gai muchos descubrieron su seropositividad; y también lo era el noventa por ciento de nuestros amigos y de mucha gente que conocíamos alrededor.

(...) Evidentemente, el activismo *queer* no es arte en el sentido clásico del término, y no solo es representación; hay muchísimas más cosas, aunque sí hay una necesidad de puesta en escena, de crear un mundo simbólico propio y ejercitar reiteradamente una representación corporal "anormal", se vertebraba un discurso más, que opera dentro de otros muchos



La Radical Gai, "Cuerpos insumisos atados al placer". Madrid, 28 de junio de 1994.

discursos, o mejor dicho entre sus entresijos; es decir, un lenguaje visual a través de las representaciones propias que está contestando a un lenguaje llamado, si quieres, "artístico". En LSD, y también en La Radical Gai, la iconografía y la autorrepresentación tan fuerte que llevamos a cabo tenían mucho que ver con una contestación hacia una representación de qué es el gay y qué es la lesbiana, y cómo queda representada en espacios múltiples, y también en el espacio artístico. Otra cosa es cómo utiliza esos lenguajes el marco institucional que delimita el arte, o cómo puedes negociar tú esas representaciones tuyas, en un espacio que realmente está fuertemente normativizado y contextualizado, de forma propia y de forma interesada. En LSD no hicimos esta reflexión en su momento; sí hubo reflexión sobre cómo representarnos y cómo utilizar un lenguaje llamado "artístico", o unas técnicas que utiliza el arte para hablar y para nombrar, y cómo utilizarlas a nuestro favor; cómo crear un lenguaje no solo a través de las acciones políticas, no solo contestando a los discursos políticos en el sentido clásico, sino también a través del arte, porque para nosotras el arte también era político, y en este sentido estaba contestando, interfiriendo y abriendo una brecha en un marco y

en un lenguaje determinado, que es el lenguaje del arte, de la representación artística, a través de las fotografías, del vídeo, etc.

Nosotros lo veíamos como acciones y como productos de nuestra propia reflexión y de nuestro propio deseo de limitar o de expandir y de representarnos a nosotras mismas, es decir, hartas de que los otros nos utilizaran y nos representaran, mejor hacerlo nosotras sobre nosotras mismas. La parte negativa que no tuvimos en cuenta es cómo realmente discutes tú con esas instituciones; ahí hay un peligro que realmente corta y paraliza, o puede paralizar, la propia dinámica activista; en nuestro caso, inicialmente no, pero en los últimos coletazos de LSD este tema produjo ciertas tensiones entre las componentes del grupo, por la imposibilidad de negociar con los propios espacios, porque se crea ya un campo en el que uno se pregunta: "¿eres artista, o no eres y además no quieres serlo?"; "¿quién es la artista?"; "¿cómo nos representamos?"; o "¿quién decide y para qué, y cómo se decide, que estés por ejemplo en Arteleku o en el Koldo Michelena?" En aquel momento hubo más decisiones individuales, o al menos, por mi parte, de formas de negociación individuales, pero ello imposibilitó una articulación más grupal, más



Activistas de La Radical Gai y LSD en una manifestación en favor de la insumisión, Madrid, 1993.

activista de la negociación a través de la representación en espacios institucionales artísticos.

(...) No pensábamos en un público; nosotras éramos nuestro propio público, en el sentido de vertebrar esa necesidad urgente de responder a nuestras propias respuestas y a nuestras propias demandas. Lo que ocurre es que cuando te estás haciendo preguntas a ti misma públicamente estás, al tiempo, interpellando a los otros; no te las haces en tu casa, las llevas a la calle para negociarlas en un contexto público. Esos otros a quienes interpelábamos eran el movimiento feminista, el movimiento de lesbianas en general, las instituciones, y evidentemente crear coaliciones puntuales con gente con la que teníamos afinidad, como el movimiento de insumisión, la gente de Apostasia, las propias dinámicas del barrio y otra gente del resto del Estado, que estaba trabajando en ámbitos similares, o con visiones parecidas. Conocimos, por ejemplo, a las de Erreakzioa-Reacción; conocer a Azucena Vieites o a Estibaliz Sádaba no fue una casualidad. Era evidente que nos íbamos a encontrar porque estábamos operando sobre discursos y sobre espacios políticos más o menos cercanos; también conocimos a Carmen Navarrete y a Virginia Villaplana, más tarde a Beatriz Preciado y a una serie de personas que estaban reformulando desde espacios y posiciones diferentes aspectos políticos similares a los que nosotras nos estábamos planteando. Aún así, nuestro público eran básicamente bolleras y un amplio aspecto de gente *queer*... No sé si se podría llamar así, entendiendo *queer* sin identificarlo solo con la idea de ser lesbiana; creo que hay mucha gente que no es bollera, ni marica, ni trans y es *queer* también, y con ellos puedes crear alianzas, no solo en prácticas políticas públicas, sino en prácticas de creación y de reflexión. Eso fue lo que sucedió en los últimos años de LSD, 1998 y 2000: encontramos a gente que estaba trabajando en esa dirección también en otros países... Todas eran bolleras que utilizaban la creación como lenguaje contracultural, contestatario o incisivo en el sentido de meter el dedo en determinados circuitos. Como reflexión crítica, también puedo decir que no siempre que estás metiendo el dedo quiere decir que lo estás haciendo, a veces te comen el dedo y eso es algo que tienes que tener en cuenta.

(...) Creo que ninguna vía, a priori, es mala ni buena; lo difícil es saber reinventar y acertar con las vías y no agotarte por el camino, porque es cierto que el activismo es agotador: acudir a reuniones semanalmente, e intentar consensuar todos los temas y tener un esbozo de ideario y algún que otro objetivo que cumplir, eso nos agota a todas, y quien diga lo contrario miente.

En cuanto al tema de la rentabilidad, pienso que el uso, en un momento dado, de determinados aparatos para representarte o para hacer política responde a un contexto y a un lenguaje que te está diferenciando de otros lenguajes, y al hacerlo está señalando otras cosas de otra manera; puede ser válido en un momento dado y no serlo en otro. Hoy en día lo difícil, y lo necesario, es la reinención continua de nuestra posibilidad de ser diferentes; no solo se trata de sentir que somos diferentes, sino de la velocidad a la que nos tenemos que reinventar para no ser absorbidas por discursos y prácticas dominantes de este capitalismo posfordista, que decían algunos. Creo que eso es lo difícil, y es el gran reto.

Era absurdo que LSD se perpetuase en el tiempo. Es absurdo, hoy en día, que cualquier grupo tenga como ideario perpetuarse y establecer una alianza formal en el tiempo; en la medida que eso sucede inmediatamente desaparece el grupo o se institucionaliza, con lo cual creo que es difícilísimo y a la vez necesario crear espacios de alianzas para reformular la militancia de resistencia en estos tiempos. Si no, corremos el riesgo de caer en profesionalismos o formalismos estéticos puros y duros o, en el peor de los casos, en formalismos de índole legal, en el sentido de que nuestras vidas sean reguladas y negociadas a través de los aparatos que legislan, que ordenan o desordenan cuerpos, materias, vidas y "desvidas." Ya sabemos en qué dirección opera el orden y en qué medida te quieren ordenar: en la medida en que te parezcas a —ya que no eres— ese sujeto normativo, y en la medida en que el espacio público se parezca al espacio-hogar, es decir, al espacio donde no exista la contestación y donde todos, aparentemente, nos movamos de la misma manera. Ese es el reto.